

LA IMAGEN DE SÍ MISMOS. LOS ISLEÑOS EN LA REVISTA *ISLAS CANARIAS* DE LA HABANA

Their Image of Themselves: The Islanders in the Magazine Islas Canarias of Havana

Manuel DE PAZ-SÁNCHEZ

Universidad de La Laguna

Fecha de aceptación del original: 30-5-97

BIBLID [(1997) 15; 85-92]

RESUMEN: La emigración canaria en Cuba presenta diferentes ritmos de evolución y al mismo tiempo unas constantes que la caracterizan y diferencian frente a otras migraciones peninsulares. Desde el análisis de la revista *Islas Canarias* de La Habana, órgano de la colonia canaria en Cuba durante varios años, el presente trabajo pretende profundizar en la imagen que los canarios tenían de sí mismos y en algunos aspectos cualitativos y peculiares de la presencia canaria en Cuba.

Palabras Clave: Cuba, Canarias, Emigración, Imagen, Percepción.

ABSTRACT: Emigration from the Canary Islands to Cuba showed different rhythms of development and at the same time some constant features that characterize and differentiate it from other peninsular emigration. Based on an analysis of the magazine *Islas Canarias* of Havana, for several years the voice of the colony from the Canary Islands living in Cuba, this article endeavors to examine the image they had of themselves as well as some of the qualitative and peculiar aspects of their presence in Cuba.

Key words: Cuba, Canary Islands, Emigrations, Image, Perception.

INTRODUCCIÓN

Este estudio es un pequeño adelanto de una investigación mucho más amplia que estamos desarrollando en la actualidad, y cuya finalidad última es profundi-

zar en los aspectos cualitativos de la presencia canaria en América, con especial referencia a Cuba, Venezuela y Uruguay, en tanto que países tradicionales de la migración canaria en diferentes épocas¹.

Fundada en 1908, la revista *Islas Canarias* de La Habana fue la creación de Francisco Béthencourt Apolinario que, con periodicidad decenal, se publicó a largo de varios años como órgano de la colonia canaria en Cuba. La publicación surgió, de hecho, como un nuevo fruto del impulso protagonizado por un nutrido grupo de inmigrantes isleños que, durante aquella época, acometieron la tarea de reinstalar (1906)², la fenecida Asociación Canaria que, poco después, vio coronado su esfuerzo con la realización de una interesante labor cultural y benéfica que cristalizó en la erección de la Quinta Canaria de Salud y en una destacada labor de protección a los inmigrantes isleños que se prolongó, con bastante solidez, al menos hasta la década de 1930³.

En el presente trabajo pretendemos comentar, siquiera sea brevemente, algunos aspectos peculiares de la migración isleña y tratar de dibujar, en tal contexto, la imagen que los canarios tenían de sí mismos en esta época singular de la presencia canaria en Cuba.

1. ¿CIUDADANOS O BRACEROS?

“Hasta ahora, aún con el decantado y paralizado proyecto de la inmigración por familias, el egoísmo agrario industrial y comercial, no ha pensado otra cosa que embarcar brazos para que rindan la labor por una módica remuneración, ni siquiera pagada en moneda contante y sonante, sino en moneda fiduciaria, creada por las empresas donde rinden su sudor”. Este fragmento del editorial de la revista *Islas Canarias*, correspondiente al 10 de enero de 1913, venía a centrar, al iniciarse un nuevo año, el eterno debate sobre la migración con destino a la Isla antillana. “Mientras al obrero no se le garantice como persona que busca su justo medro y no como autómatas; mientras no se le busque como nuevo ciudadano en el país, junto con sus familiares; en fin, mientras no se le atraiga a convivir por todos los medios, y sólo se le trate de explotar, terminará por no acudir a este suelo o desacreditarlo por completo”. Además, en comparación con otros destinos, particularmente con Argentina, el inmigrante que se dirigía a

1. En tal sentido pueden consultarse algunos trabajos ya publicados, particularmente, M. DE PAZ SÁNCHEZ y M. HERNÁNDEZ GONZÁLEZ: *La esclavitud blanca. Contribución a la historia del inmigrante canario en América. Siglo XIX*, Tenerife, 1992; M. DE PAZ SÁNCHEZ: *Wangüemert y Cuba*, 2 vols., Tenerife, 1991 y 1992, y M. DE PAZ SÁNCHEZ et al.: *El bandolerismo en Cuba (1800-1933). Presencia canaria y protesta rural*, 2 vols., 1993 y 1994, entre otros. En esta línea de investigación se enmarca, pues, este pequeño estudio que ahora publicamos y que se inserta, asimismo, en un nuevo proyecto de investigación (Nº 7/95), subvencionado por el Gobierno de la Comunidad Autónoma de Canarias.

2. V. GREGORIO J. CABRERA DÉNIZ: *Canarios en Cuba: un capítulo en la historia del Archipiélago (1875-1931)*, Ed. Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas, 1996.

3. La colonia canaria y, en particular, la Asociación Canaria de Cuba poseía, al menos, otro órgano de expresión: *Cuba y Canarias*, que inicialmente dirigieron Tomás Felipe Camacho y Manuel Fernández Cabrera, y que, en septiembre de 1912, refundó y dirigió José Tabares Sosa.

Cuba recibía un trato mucho más desfavorable, lo que explicaba la llamada de atención del órgano de la colonia canaria, máxime cuando “hace pocos meses, varios señores hacendados y dueños de ingenios, con muy plausible acuerdo, han formado una entidad llamada *Fomento de Inmigración*, con el objeto de allegar fuerzas para la agricultura; y tenemos entendido que en ella preferirán a los hijos de Canarias. Si es así, que no olviden nuestra máxima: ciudadanos, no braceros”⁴.

La protesta resultaba razonable. En Buenos Aires los inmigrantes no sólo era alojados convenientemente a su llegada, sino que, además, se les facilitaba el transporte hacia sus lugares de trabajo, pudiendo, gracias a ello, ahorrar el suficiente dinero para regresar, de modo estacional, a su tierra de origen. En Cuba, por el contrario, se observaba “el caso de que una falange de trabajadores, tras de rendir su tarea brutal, ganando en el país del oro sueldos hasta menores de tres pesetas, no han ahorrado nada al terminar sus faenas, y luego pululan por la República sin trabajo y sin pan, dejando su esfuerzo: en la tierra, para el capital, y el dinero ganado, en la tienda, para el capital también”. La causa de este mal era atribuible al “Gobierno y los capitalistas” que “no buscan lo que verdaderamente se llama inmigración, sino braceros que acudan de cualesquiera forma y que se vayan una vez terminada su tarea”⁵.

La revista no estaba teorizando. Poco tiempo atrás un contingente de quinientos inmigrantes isleños había sido introducido en la isla, tras su transporte en el vapor “Manuel Calvo”, y buena parte de ellos se hospedaba, con absoluta carencia de condiciones higiénico-sanitarias, en una fonda del puerto que ostentaba el pomposo nombre de “La Perla del Muelle”. Los inmigrantes, había publicado *La Lucha*, “se encuentran en un deplorable estado, a consecuencia de haberseles mojado durante el viaje todo su equipaje. El aspecto que presentan es repugnante, pues todos se encuentran muy sucios y andrajosos”⁶.

Así, pues, si las condiciones para la atracción de inmigrantes “deseables” no eran las más adecuadas en Cuba, si Tricornia adquiría muchas veces el aspecto de un viejo campo de prisioneros de guerra, si los inmigrantes no podían ahorrar lo suficiente para regresar, con cierta frecuencia, a sus lugares de origen —dadas las ventajas de los modernos transportes transatlánticos—, lo más lógico era retomar el viejo proyecto de la migración familiar, aunque, para aquellas fechas, el sueño poblador de los isleños tendía a convertirse, más bien, en pesadilla, sobre todo tras la serie de crisis que afectaron a la formación social cubana tras el término de la I Guerra Mundial.

Desde tiempo inmemorial la inmigración isleña había presentado algunas características peculiares, entre otras, su arraigo en la campiña cubana, o sea, su vocación eminentemente agrícola, y no sólo en Pinar del Río, zona de veguerío tradicional, sino también en la Matanzas plantadora; su elevado componente femenino y, asimismo, su especial imbricación e identificación con la realidad social

4. “Ciudadanos sí; braceros no”, *Islas Canarias*, 181, La Habana, 10 de enero de 1913, editorial.

5. *Ibidem*.

6. “Por la inmigración”, *Islas Canarias*, 178, La Habana, 10 de diciembre de 1912, p. 23.

cubana⁷. Y ahora, a partir de la primera década del siglo XX, la expansión económica de las comarcas centro-orientales de Cuba atrajo sin cesar mano de obra abundante y barata, como antes había sucedido en la región occidental.

Pero, pese al enorme sacrificio histórico del isleño —que desmiente cualquier hipótesis neoliberal sobre su presunta condición de emigrante privilegiado, a partir de teorizaciones acerca de su renta de situación y de otros factores de atracción relacionados con las existencia de cadenas migratorias desde tiempos remotos⁸—, su carisma cultural se estructuró con base a su vocación agraria y, muy especialmente, a su condición de “blanco de orilla”, como individuo en perpetua agonía consigo mismo, español de segunda al fin y al cabo. Tal vez Manuel Fernández Cabrera fue quien mejor supo definir la condición de ser isleño en la Cuba de la época⁹:

Toda una pléyade de hombres provechosos, de ciudadanos en preeminencia, de ilustres profesionales y sabios educadores del pueblo, que por un raro aunque explicable fenómeno eran apreciados, respetados, solicitados en cuanto valían personalmente; en sus representaciones individuales; por sí mismos; trocándose el aprecio en olvido, el respeto en desdén y la solicitud en despreocupación, apenas resaltaba el conocimiento patronímico. Isleño en su acepción genérica, equivalía casi a bestia; por lo menos a ignorante, incivil, ogro, africanote... esclavo presto y sufrido para cumplir deberes, y sin dignidad ni valor para exigirlos, desconociendo en absoluto que toda obligación trae aparejada, por ley de causalidad, el derecho compensador. Había una especie de desdoblamiento convencional en la persona nuestra, necesitándose exceso grande de méritos, de virtudes, para en completo, como redimiéndose del triste pecado de haber nacido aquí, en Canarias, nivelarse a categoría de hijo de Cataluña rebelde o Asturias robusta, pongo por caso de comparación.

Precisamente, uno de los objetivos esenciales que impulsó a la colonia canaria a organizarse socialmente en Cuba fue el de autodignificarse, o lo que es lo mismo, luchar en la palestra de la prensa y allí donde fuere necesario para que los canarios fueran tratados como se merecían, y, por este sendero, numerosos intelectuales canarios descubrieron que para nivelarse al resto de las comunidades españolas y ante la propia sociedad cubana tendrían que realizar un gran esfuerzo reivindicador, una labor propagandística que ensalzara no sólo a sus grandes figuras del pasado —sus propios ancestros de Canarias y de Cuba—, sino también a los más humildes laborantes del colectivo inmigrado.

2. “UN ISLEÑO, ¡QUÉ RISA!”

Algunas de las frases que el canario Pedro Trujillo de Miranda dedicó a sus paisanos de Cuba son de una crueldad calculada, pero, sin duda, reflejan con

7. M. DE PAZ SÁNCHEZ et al.: *El bandolerismo...*, cit.

8. Como han pretendido demostrar algunos estudios escasamente ponderados.

9. Así lo expresó en *Mis Patrias: Canarias, Cuba y España*, un texto de 1912 (V. M. FERNÁNDEZ CABRERA: *Mis Patrias y otros escritos*, Ed. e Introd. de M. de Paz Sánchez, Tenerife, 1991, p. 32).

exquisita perfección la realidad sociológica —dignamente marginal— de uno de los elementos sociales más característicos de la “populosa Habana”, el de los vendedores ambulantes, un colectivo que agrupaba a los billeteros y, más propiamente, a los denominados *baratilleros isleños*. Ninguna otra caracterización del personaje, pese a que no escasean interesantes referencias histórico-literarias¹⁰, presenta tal riqueza de matices. Trujillo tenía a su cargo una sección de la revista *Islas Canarias* titulada “Tipos canarios”¹¹, y, desde luego, merece la pena glosar y reflexionar sobre alguna de sus entregas más relevantes.

“Alto y fornido como un guanche, erguido y derecho como un huso, altivo, brillante la mirada, unas veces delgado, otras grueso, siempre musculoso, ahí va un hombre...” Así comienza su descripción del vendedor ambulante, y este encabezamiento, más propio para un fornido campesino o para un trabajador del puerto habanero, aparece justificado en el relato ante el enorme esfuerzo que se veía obligado a desplegar, bajo la fragua del trópico, nuestro baratillero isleño. Según Trujillo, “lleva sobre sus hombros una mole, como un Atlas, que conduce sobre sus espaldas un cosmos comercial; no se apoya ni se inclina y anda con paso firme de cíclope, con lo pesado de la carga”. Soportaba, en efecto, sobre su espalda “una tienda de telas, sedería, quincallería en forma de altar, como ara del trabajo, y su voz, siempre en tercera baja, se deja sentir... ¡Aretes, cintas, tijeras finas!... Puntas y tiras bordadas...”¹².

Singular es, no obstante, el personaje, y el periodista, consciente de ello, no tarda en justificar ante el lector la peculiaridad de tal ocupación, porque “recorriendo las lomas de Viñales y bajando los desfiladeros de Sumidero, y descendiendo al Taoro cubano de Luis Lazo, y en las vegas de Camajuaní, desde los farallones del Cabo San Antonio, hasta los riscos de Yara, *el isleño es el símbolo de la agricultura cubana*”. El canario en Cuba fue, por encima de todo, agricultor primoroso de las vegas de tabaco, y colono en tierra de nadie, y medianero cultivador de frutos y de viandas. ¿Cómo explicar, pues, la presencia en las calles de La Habana de tales vendedores ambulantes?

10. Vid., por ejemplo, J. HERNÁNDEZ GARCÍA: *La emigración de las Islas Canarias en el siglo XIX*, Las Palmas, 1981, pp. 435-442; M. BARNET: “El baratillero ambulante”, *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, V, 1-4, 1963, pp. 29-31.

11. Por estas mismas fechas, aparte de su trabajo sobre los baratilleros isleños, Trujillo de Miranda publicó, en el número 171 de *Islas Canarias*, correspondiente al 25 de septiembre de 1912, una interesante colaboración sobre “Las incautas”, o sea, las jóvenes isleñas que eran víctimas de la “trata de blancas” en Cuba. “Aquellas mujeres eran víctimas de tragedias sin sangre, eran mujeres puras, atraídas a América, bajo mil formas, a las que se importaba con supuestas ganancias como bordadoras, criadas, labradoras y otros cien oficios, llevándolas luego al prostíbulo, donde, acto continuo, para que no le quedase esperanza de redención, se ejecutaban con ellas una serie de violencias inquisitoriales e infamatorias, semejantes a circenses castigos de romanos, contra vírgenes cristianas”. Gracias a la modernización de los transportes el denigrante fenómeno había casi desaparecido en aquellas fechas, “sin embargo, como voz de alerta dada por un canario que dice lo que siente, bueno es saber que aún hay canallas, que sabedores de la dictatorial ley de inmigración cubana, ofrecen a los amantes de placeres nuevos, deleites baratos de importación, diciendo: —Por un centén le traigo *una* de Tricornia. Hay que evitar que esa *una* sea *española*, y si no se puede... que no sea *canaria*”.

12. P. TRUJILLO MIRANDA: “Tipos Canarios. El baratillero”, *Islas Canarias*, La Habana, 169, 5 de septiembre de 1912, p. 9.

Antaño, aclaraba Trujillo, los baratilleros recorrían los campos y las ciudades cubanas, mas, con los nuevos tiempos, se les veía especialmente en la capital, arrastrando “un carrito de mano, con el que es capaz de atravesar la Ciénaga de Zapata y de llegar al Pico de Turquino”. Antes, como ahora, remataba el cronista, no todos los inmigrantes isleños podían “conseguir el *sitiécito*, el pedazo de tierra, en que tanto gana el que trabaja como el que no labora, la finca a *partido*”; no todos lograban, tampoco, la vaca o el caballo y “esos son los que forman la caravana, no de bohemios cacos, sino de hombres honrados”. Ah! —exclamaba con ironía nuestro autor— “si los isleños no somos otra cosa que unos vagos!: hueveros, vendedores ambulantes, billeteros, lecheros...”¹³.

“Con un recio bastón, dispuestos a jugar el *palo*¹⁴, al que les quiera arrancar la bolsa, llevaban ayer las relucientes onzas como hoy los extranjeros luisés... todo su caudal; en medio de maniguas en guerra, con alzados o bandoleros”. Los isleños, pues, optaban por una ocupación marginal pero que, al menos, les garantizaba dos cuestiones esenciales: su subsistencia y, sobre todo, su propia independencia personal. Así lo percibe Trujillo de Miranda¹⁵:

Porque el canario no puede doblarse a servir en el almacén, donde el dueño, cuando puede el dependiente tener un momento de descanso, le hace mudar una caja de un sitio a otro, por explotarle hasta el veloz segundo; porque el isleño no sirve para llevar librea, y doblar la cerviz: sus vértebras son tan duras como la lava del Teide, y no se pueden doblar al servilismo; porque al hijo de las Afortunadas no le place ser ordenanza, ni siervo: tiene la altivez del cartaginés y el orgullo del romano, la sencillez del fenicio y la robustez de la raza infortunada de los menceyes.

Por eso iba el hombre con un altarito encima, dispuesto a descansar en una piedra, a su gusto, tienda, como la del árabe, de la que era señor y dependiente, con un par de quintales arriba; pero, sin ningún yugo encima.

Por eso, los canarios no son mozos de café, no son sirvientes, no son ujieres, ni “zacatecas” y menos limpiabotas...

Siempre solos. Trabajan mucho. No tienen más Dios que la familia, ni más amo que su persona.

Aun cuando el servicio militar los llama, los veréis nostálgicos e inconformes.

Signo misterioso de una raza de pobladores, estirpe de gigantes, sangre de conquistadores, los que le enseñaron a Cristóbal Colón la América, el plus ultra porque descienden de Hércules (Melkarte) del non plus.

La grandeza de los orígenes mitológicos, el sentido personal de independencia, la ironía del isleño como arma arrojadiza, en fin, se oponen al desdén de sus

13. *Ibidem*, en cursiva en el original.

14. *Ibidem*. La referencia al *juego del palo* es un signo de identidad del canario, al tratarse de una práctica vernácula, heredada de los antiguos pobladores de Canarias. El propio José Martí alude a la práctica del palo canario en el primer número (julio de 1889) de su publicación mensual para jóvenes *La Edad de Oro*: “Los isleños de las Canarias, que son gente de mucha fuerza, creen que el palo no es invención del inglés, sino de las islas; y sí que es cosa de verse un isleño jugando al palo, y haciendo el molinete. Lo mismo que el luchar, que en las Canarias les enseñan a los niños en las escuelas. Y la danza del palo encintado...” (*Obras Completas*, Ed. Ciencias Sociales, t. 18, p. 342).

15. *Ibidem*.

vecinos urbanos, y el canario se crece ante el infortunio y, consciente de su relevante pequeñez, camina erguido por las calles de La Habana. Trujillo de Miranda, lo mismo que Fernández Cabrera, Fernández Cubas, Gómez Wangüemert y tantos otros integrantes de la generación canario-cubana, creyeron a principios del siglo XX que la mejor manera de trabajar por la integración de sus paisanos de Cuba, por la colonia canaria y, a la postre, por las propias Islas lejanas era reafirmar su identidad ante el desprecio, la desconsideración social y el infortunio¹⁶:

Un isleño, ¡qué risa!, ¡gente ignorante!, ¡gente holgazana: no venden más que billetes!

Todos sois baratilleros; pero, tenéis todos sangre como los uruguayos, como los venezolanos, de esos campeones de su independencia, llevando todo el peso del trabajo encima...

Y ahí va el hombre, ahí va el isleño...

¡Dedales, tijeras finas!...

Ese es un acento que vibra, como un viva a la libertad.

Abí va el baratillero...

Os reís de él y él se ríe de vosotros.

Le decís: no sois de España; sois isleño, y plega el labio con desdén.

Continúa su tarea solitario, silencioso.

Y allá en su cerebro vibra este pensamiento, quizás reaccionario...

—Sí, soy de España, todavía soy español; todavía estoy bajo el dulce yugo de mis mayores, antes de gozar la sacrosanta libertad... de ser inglés.

¡Lo que saben los baratilleros!...

3. "COOPEREMOS": LA IMAGEN DE CANARIAS, ENTRE LA REALIDAD Y LA NOSTALGIA

Francisco González Díaz no tardó en descubrirlo: lejos de la tierra madre, escribió al referirse a los canarios de la emigración, "el paraíso de las islas se les aparece sin serpientes"¹⁷. Pero, en el fondo, las sierpes siempre estaban donde estaban los hombres. En septiembre de 1912 *Islas Canarias* clamaba, desde su editorial, en pos de la cooperación entre todos para conseguir que se hiciera realidad el proyecto de construir en La Habana una Casa de Salud propia, y trataba de acallar las voces disonantes de algunos asociados que planteaban la necesidad de erigir centros de salud en diferentes lugares de la Isla. "No presentemos dificultades; acábense las disgregaciones y volvamos hoy la vista a esta gran obra que se comienza; cooperemos todos los canarios en la labor relevante de la presidencia y la directiva: que ya cumplido, satisfecho ese gran empeño de la Asociación Canaria, los demás deseos se facilitarán y todos los asociados encontrarán razonables concesiones"¹⁸.

Con todo, es bastante cierto que, desde la lejanía, ocultas en la bruma de la nostalgia, las Canarias se aparecían a los ojos de los inmigrados isleños como su

16. *Ibidem*.

17. F. GONZÁLEZ DÍAZ: "Los canarios fuera de Canarias", *Las Canarias*, Madrid, 29 de diciembre de 1913, p. 1.

18. "Cooperemos", *Islas Canarias*, 169, La Habana, 5 de septiembre de 1912, editorial.

añorado paraíso agnaticio. “Es admirable el empuje fecundo y triunfal de Canarias. Hemos realizado un avance tan portentoso en todos los órdenes de la actividad, que parece basta tocar la tierra en algunas islas para hacer brotar el dinero”, con estas frases comenzaba, a su vez, otro editorial de principios de noviembre de 1912. Se trataba, sin embargo, de fomentar la protección del arbolado en Canarias, en consonancia con la campaña que, por estas mismas fechas, se estaba llevando a cabo en las Islas, por ello, aclaraba el redactor, “esta certidumbre no puede impedirnos reconocer que por causas múltiples, asoma a menudo en la raza más inclinación a destruir que a realizar. Si la fuerza perdida en contiendas locales para reedificar después, bajo otro lema, las mismas ingenuidades, la hubiéramos empleado, de un extremo a otro del archipiélago en obras públicas, suscitar iniciativas, organizar la democracia y domar la naturaleza, nuestras islas victoriosas se hallarían hoy en la cúspide del adelanto material. Claro está que si medimos la distancia recorrida se nos sube a los ojos una llamarada de orgullo”¹⁹.

Pero, también era cierto que el progreso de las islas se debía sobre todo a la intervención extranjera, a las inversiones que, procedentes en especial de Gran Bretaña, encontraban en Canarias un lugar privilegiado para los transportes, la producción agraria y el comercio. “Legiones de turistas extranjeros llenan los hoteles. El extranjero lo abarca todo en todos los órdenes. Mr. Alfred L. Jones, ya fallecido, lo titulaban sus compatriotas *Rey de Canarias*, no injusto sobrenombre a quien tanto deben las islas”. Frente a esta realidad, “los gobiernos españoles sólo se dejan conocer y sentir en Canarias por sus funcionarios”, por ello la revista aplaudía la creación, en Madrid, de un comité para el fomento del turismo en Canarias, puesto que “si allí va tomando todo un sello marcadamente extranjero, débese tanto como a la actividad ajena, a la indiferencia nacional”²⁰.

Muchos integrantes del mundo intelectual de la colonia canaria de Cuba no sólo se preocuparon por vindicar la dignidad y el protagonismo histórico del canario en la historia y en la sociedad contemporánea de la Gran Antilla y, de hecho, en la propia historia de América, sino que, desde la distancia, trataron de mantenerse permanentemente en contacto con su lugar de origen y volcaron en sus medios de comunicación y de opinión sus ideas, consejos y proyectos, lo mejor de sí mismos, para contribuir al futuro bienestar de sus islas nativas, como queriendo asirlas con la mano, desde la entrañable cercanía de sus propios recuerdos.

19. “Consideraciones sobre el porvenir”, *Islas Canarias*, 175, La Habana, 5 de noviembre de 1912, editorial.

20. “Canarias y la Península”, *Islas Canarias*, 178, La Habana, 10 de diciembre de 1912, editorial.